

Fronteras seguras, cuerpos vulnerables: migración y género en la frontera sur

Christine Kovic y Patty Kelly

Las fronteras se establecen para definir los lugares que son seguros y los que son inseguros, para distinguirnos a *nosotros* de *ellos*...
Lo inalcanzable y lo prohibido son sus habitantes.
(ANZALDÚA 1987: 25)

La criminalización de los trabajadores ilegales los estigmatiza...
Sirve para distanciar a sus empleadores de la naturaleza humana de aquellos a quienes explotan y excluyen.
(BORNSTEIN 2002: 215)

Las fronteras nacionales separan, dividen y desmiembran. En tanto nos distinguen a “nosotros de los otros”, definen quién pertenece a la nación y quién está excluido. Las fronteras separan lo legítimo de lo ilegítimo y caracterizan a todo aquel que cruza la frontera sin papeles —principalmente a los pobres— como criminal.

Las fronteras desmiembran cuerpos y familias. Cada año, docenas de transmigrantes de Centroamérica son desmembrados: pierden un brazo, una o ambas piernas, al tratar de cruzar la frontera sur de México en su travesía hacia Estados Unidos. Las mutilaciones dejan a estos hombres y mujeres con pocas posibilidades de ganarse la vida y mantener a su familia. La política migratoria de Estados Unidos y los empleadores de ese país también desmiembran a las personas migrantes. Los patrones quieren brazos, brazos sin seres humanos, para así evitarse pagar los costos de reproducción de los trabajadores y sus familias. Los patrones sólo buscan brazos, no personas, como mano obra barata que se puede desechar cuando está demasiado vieja, demasiado cansada o demasiado enferma para seguir trabajando.

El desmembramiento de los migrantes exige un re-memorar (en el sentido de re-unir los cuerpos y en el de recordar),¹ una remembranza de los cruces de frontera, de las familias que se quedan atrás, de la búsqueda de trabajo, de las luchas por sobrevivir; relatos que las “historias oficiales” han marginado, distorsionado o borrado (Castañeda 2003: xii). La “remembranza”, el rememorar, se contraponen a la visión de los migrantes como fuente de plusvalía sin derecho a afirmar su calidad de seres humanos. Requiere recordar a los migrantes como personas “completas” con brazos y piernas; con hijos, hijas, familias, esposos, esposas, seres queridos, y con derecho a contar con servicios de salud, educación y seguridad social. En este ensayo exploratorio se examina la frontera sur de México, específicamente la región de Tapachula, y a los transmigrantes centroamericanos de Honduras, El Salvador y Guatemala que la cruzan en su camino hacia Estados Unidos. Se plantean preguntas para comprender el papel del género en esta frontera sur y en las políticas que desmiembran. Este trabajo se basa en un breve viaje de investigación a la zona de Tapachula en el verano del 2005, combinado con una investigación etnográfica llevada a cabo en otras regiones de Chiapas en los últimos diez años.

Cruzar la frontera sur: el tren de la muerte y los asaltos al cuerpo

Al referirse a las dificultades que enfrentan muchas mujeres mexicanas indocumentadas que cruzan la frontera México-Estados Unidos, María de la Luz Ibarra (2003: 271) escribe que “el viaje es una prueba de sus cuerpos, de su carácter, de su ingenio y desesperación”. Sin embargo, observa, poco se ha escrito sobre esta travesía. La omisión niega

el trauma del cruce [...] da la impresión equivocada de que las mexicanas que van en busca de trabajo en un ámbito transnacional son como cualquier otra persona que busca trabajo, pero no lo son. Se las criminaliza por el hecho de cruzar y se militariza la frontera sur de Estados Unidos para impedir su entrada (2003: 272).²

Cientos de personas mueren cada año al cruzar la frontera México-Estados Unidos y la cantidad de muertes se incrementa a medida que se

¹ En inglés “re-membling” supone un juego de palabras con “dis-membling” y alude a la vez a recordar y recomponer los miembros. En el texto uso rememorar y remembranza para conservar la doble alusión del término en inglés (N. de la T.).

² Excepto cuando se indica que la traducción al español o la cita en español está en el original, las traducciones son mías (N. de la T.).

intensifican las medidas para reforzar la frontera. Al cabo del año que terminaba el 31 de octubre del 2005, la patrulla fronteriza de EUA reportó un total de 473 muertes por exposición al calor, ahogamiento, accidentes vehiculares y otras causas.

Lo mismo que quienes cruzan la frontera norte de México, los hombres y mujeres que intentan cruzar sin papeles la frontera sur con Guatemala, corren grandes riesgos. Lo más dramático es la pérdida de alguna extremidad que sufren quienes se caen o son empujados del tren Chiapas-Mayab. Las personas migrantes lo llaman “El tren de la muerte” o simplemente “La bestia”. La compañía Genesee & Wyoming Inc. —estadounidense— adquirió el ferrocarril Chiapas-Mayab en 1999. Genesee & Wyoming posee ahora los derechos de vía desde Ciudad Hidalgo a Tecum Umán (en la frontera México-Guatemala) a través de la costa del Pacífico de Chiapas, el Istmo de Tehuantepec y los estados de Tabasco, Campeche y Yucatán. Es un tren de carga, no de pasajeros, así que la gente tiene que brincar para subirse y viajar en carros tanque o en escaleras o esconderse en los vagones de carga. Con al menos doce retenes de migración en las 700 millas entre Tapachula y la Ciudad de México, tomar el autobús no es una opción para quienes carecen de documentos legales.

No hay cifras exactas del número de muertes, mutilaciones y lesiones en la frontera sur. El Grupo Beta, una fuerza de tarea establecida por el gobierno mexicano para ayudar a las personas migrantes, reúne las estadísticas sobre el número de migrantes heridos y mutilados a quienes ayuda. La categoría de mutilados se refiere —puede suponerse— a quienes han perdido extremidades como resultado de lesiones en los trenes, una categoría que es específica para esta región. Durante el año 2004, los agentes ayudaron a 188 migrantes lesionados y a 34 mutilados. Las cifras para 2005 muestran que las lesiones se están incrementando. De enero a junio del 2005, se contaban 111 lesionados y 53 mutilados. El Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova, organización no gubernamental con sede en Tapachula, reportó 64 muertes en la frontera sur en 2004. Las causas de muerte incluyen lesiones al saltar del tren, asaltos (las personas migrantes son particularmente vulnerables debido a su estatus de indocumentadas), ahogados al cruzar el río Suchiate en la frontera con Guatemala y accidentes de auto, entre otras. Durante la semana que pasamos en Tapachula, los periódicos locales reportaron la muerte de tres migrantes que fueron lesionados al saltar del tren.

Las lesiones, mutilaciones y muertes de transmigrantes en su travesía en busca de trabajo son sólo una de las muchas causas de los múltiples

“asaltos al cuerpo” provocados por el neoliberalismo. En “Globalización, desmodernización y el retorno de los monstruos”, Mary Louise Pratt plantea que los relatos contemporáneos de lo monstruoso en Latinoamérica “expresan los asaltos a los cuerpos, a la integridad individual y comunitaria, que caracterizan el momento actual” (2004: 409). Observa, por ejemplo, que los relatos del chupacabras —del que se decía que atacaba y mataba cabras en el campo mexicano— surgieron justo cuando la vida rural estaba siendo atacada por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. La leyenda colonial del *pistako* —un monstruo que chupa la grasa del cuerpo de la gente— resurgió en los Andes bolivianos y peruanos en la década de 1980. En las “apariciones” contemporáneas del *pistako*, la grasa humana se exporta a EUA para lubricar maquinaria. Pratt señala que las apariciones del *pistako* no deben considerarse excesivamente míticas si se piensa en la liposucción. “Por qué no explotar la notaria obesidad norteamericana para pagar la deuda externa del Perú? Es que, pensándolo bien, la grasa norteamericana ES la deuda del Perú, las exportaciones baratas convertidas en hiperconsumo en el norte” (Pratt 2004: 408). Estos relatos de lo monstruoso responden al capitalismo actual que ataca el cuerpo en cuanto “trabaja con base en una flexibilidad errante” (2004: 409).

Hombres y mujeres se trepan al tren en la frontera sur en respuesta al asalto del neoliberalismo contra sus cuerpos en Centroamérica. En *Dying for Growth*, Jim Yong Kim y otros describen la pobreza y vulnerabilidad contemporáneas que “florecen aun cuando aumentan la riqueza y el poder tecnológico” en la economía (2000: 6). Los autores conectan las crisis de salud en comunidades pobres, el resurgimiento de enfermedades que se pueden prevenir, la falta de acceso a servicios médicos, el aumento del hambre y de la desnutrición, con las políticas económicas neoliberales. En Tapachula, algunos transmigrantes centroamericanos nos hablaron de lo difícil que es el trabajo en las maquiladoras: un ataque contra el cuerpo con jornadas muy largas y bajo condiciones de riesgo. No obstante, hasta estos trabajos mal pagados se terminaron cuando las fábricas se fueron de El Salvador y Honduras y se reinstalaron en regiones donde los costos de mano de obra son más bajos. Los transmigrantes nos describieron el agotamiento físico que implica tener dos o tres empleos en su país de origen, con pocas esperanzas de ganar lo suficiente para mantener a su familia. Describieron su desesperación por no poder obtener medicinas para sus hijos en las clínicas públicas, debido a la escasez acentuada por los recortes al gasto público, determinados por las reformas neoliberales.

El desmembramiento de los migrantes está íntimamente relacionado con la política de EUA y el capitalismo mundial. Históricamente, la frontera sur de México ha sido permeable y Chiapas, que alguna vez fue parte de Guatemala, tiene lazos muy estrechos con Centroamérica. Los guatemaltecos han viajado a Chiapas para trabajar como obreros de la construcción, trabajadoras domésticas, jornaleros en los ranchos y plantaciones de café y ahí vivieron como refugiados cuando huyeron de la violencia de la guerra civil. Sin embargo, en Chiapas se les ha distinguido de los mexicanos y se los ha considerado inferiores a ellos. Los patrones preferían a los trabajadores guatemaltecos porque los veían como mano de obra barata, vulnerable y con pocas probabilidades de sindicalizarse (véase Benjamin 1989: 205 y Wasserstrom 1976: 12). Entre 1936 y 1942, cuando muchos de los ranchos extensos de Chiapas empezaron a sentir el impacto de la reforma agraria, los jornaleros guatemaltecos se volvieron atractivos para los patrones porque, como migrantes, no podían reclamar tierras ejidales (Wasserstrom 1976: 12).

En 1994, la frontera sur de México pasó a ser la frontera sur del TLCAN y como tal ha estado sometida a una vigilancia creciente por parte de EUA. México está bajo la creciente presión de EUA para cerrar su frontera a los migrantes centroamericanos. Aun así, continúa dándose un movimiento significativo de personas y productos entre Guatemala y Chiapas. Desde la ribera del río Suchiate, se pueden ver balsas cargadas de productos —desde jitomates hasta papel de baño, refrescos, sopa ramen y otros— que cruzan el río frente a los ojos de la policía y los soldados mexicanos. La gente usa este medio de transporte informal para evitar el pago de tarifas que se impone cuando se cruza el puente internacional. En cambio, los migrantes centroamericanos son detenidos por agentes de migración y aduanas o por soldados a lo largo de caminos y vías de tren, cuando ya están en Chiapas o en el sur de México. Para estos transmigrantes la nación entera se ha convertido en frontera; hoy las carreteras y vías de ferrocarril mexicanas son zonas fronterizas militarizadas que se han vuelto cada vez más difíciles de cruzar.

Desde su campaña, el presidente mexicano, Vicente Fox, prometió proteger los derechos de las personas migrantes mexicanas en los EUA. Sin embargo, parece que más bien ha usado el tema de la frontera sur como una ficha de negociación con el gobierno de Bush para obtener el estatus legal para los migrantes mexicanos. Por ejemplo, el tema de la migración fue discutido en una reunión entre Jorge Castañeda, Santiago Creel, Collin Powell y John Ashcroft en abril del 2001. En la conferencia de prensa que siguió a la reunión, el secretario de Gobernación de México, Santiago Creel, anunció

que su gobierno estaba dispuesto a hacer mayores esfuerzos para frenar la migración en su frontera sur a cambio de que los EUA proporcionaran más canales legales para los trabajadores mexicanos en ese país (ver Sandoval Palacios 2005). En junio del 2001, el gobierno mexicano anunció el Plan Sur para regular la migración centroamericana a lo largo de su frontera sur. En un lapso de apenas 15 días después de este anuncio, 6 000 personas fueron deportadas en la frontera sur de México. Mientras tanto, después del 11 de septiembre de 2001, no se ha alcanzado ningún acuerdo de migración entre México y los EUA.

Al mismo tiempo que se ha restringido el movimiento de los pobres a través de la frontera, los patrones de Estados Unidos buscan mano de obra barata para cubrir el número creciente de empleos en el sector de servicios. Saskia Sassen (1991) y otros estudiosos han descrito el desarrollo de una economía en dos niveles, que demanda a la vez trabajadores de servicios con salarios bajos y profesionistas con salarios altos, con preparación y habilidades técnicas. Los centroamericanos y otros migrantes que trabajan en EUA junto con los trabajadores del hemisferio sur subsidian el nivel de vida de los EUA de múltiples maneras. Paradójicamente, y tal vez de manera intencional, quienes definen las políticas han ido criminalizando más y más a los trabajadores indocumentados, a la vez que su trabajo se vuelve más y más importante para la economía de los EUA.

Brazos sin personas

De 1942 a 1964, el gobierno de Estados Unidos contrató a más de cinco millones de trabajadores temporales (*guest workers*) a través del Programa Bracero. Los trabajadores tenían derechos limitados y eran contratados por periodos cortos y con poca posibilidad de elegir dónde iban a trabajar. Según los acuerdos oficiales entre México y Estados Unidos, el Departamento del Trabajo de EUA fijaría los salarios, pero, de hecho, los fijaron los patrones. Para detener los esfuerzos de los braceros por obtener mejores salarios, se usaron amenazas de deportación o de cancelación de permisos. El Programa se inició durante la segunda guerra mundial, cuando los granjeros comerciales se quejaron de la escasez de mano de obra y expresaron su necesidad de conseguir trabajadores, pero continuó décadas después del final de la guerra. Los productores dependían de la importación de trabajadores temporales si no querían subir los salarios o mejorar las condiciones de trabajo.

El Programa Bracero desmembró a los trabajadores y a sus familias. Se basaba en contar con brazos (trabajadores), no con seres humanos. Se nece-

sitaban brazos para cosechar lechuga, algodón, betabel y otros cultivos, y para construir vías férreas. Los productores y las autoridades gubernamentales de EUA expresaron abiertamente su necesidad de brazos, en contraste con seres humanos que necesitarían acceso a servicios sociales, vivienda decente y escuelas para sus hijos. Décadas antes, un pasaje muy citado de la Comisión de Inmigración Dillingham de 1911 describía la “ventaja” de los trabajadores mexicanos:

Debido a su fuerte arraigo a su tierra de origen [...] y a la posibilidad de que su estancia aquí sea discontinua, pocos se convertirán en ciudadanos de Estados Unidos. Los migrantes mexicanos están aportando una oferta de mano de obra bastante adecuada... Aunque no se asimilan fácilmente, esto no tiene gran importancia, siempre y cuando la mayoría de ellos regrese a su tierra de origen. En el caso del mexicano, es menos deseable como ciudadano que como trabajador.

El racismo y la xenofobia reforzaron la exclusión de los braceros mexicanos de la nación. En 1951, ante el presidente de la Comisión de Trabajo Migratorio, un productor de Colorado expresaba la ventaja del Programa Bracero, en términos tajantes: “una nación debe considerarse afortunada si puede obtener, de fuentes cercanas, servicios a la orden de mano de obra adulta, a condición de que una vez que ha hecho el trabajo, el trabajador se regrese a su casa” (citado en Calavita 1992: 21).

El Programa Bracero, que sólo contrataba a hombres adultos, estaba claramente definido en términos de género. El trabajo invisible de las mujeres hizo posible separar los brazos de las personas, es decir, separar el punto de la producción del de la reproducción social: las múltiples tareas necesarias para mantener los hogares, criar a los hijos y cuidar a las familias. Al contratar a braceros adultos, el gobierno de EUA y los productores “se ahorraron” los costos de la educación y entrenamiento de los trabajadores; estos costos los pagaron las familias mexicanas y el estado mexicano. Al contratar a hombres sin familia, el programa pasó a México los costos de salud, educación y otros servicios sociales para hijos y esposas.

El histórico Programa Bracero tiene paralelismos con la vida de los migrantes, hombres y mujeres, contemporáneos. Los migrantes de hoy tienen derechos limitados y sólo son buscados como mano de obra barata, no como ciudadanos. Refiriéndose a la frontera entre Israel y la Franja Occidental, Avram Bornstein (2002: 203) escribe que las fronteras crean

un límite en la rendición de cuentas del patrón respecto al bienestar de los trabajadores “extranjeros” y sus familias. Ni los empleadores ni los gobiernos se ven presionados para subsidiar la educación, los servicios de salud o los ingresos de la mano de obra “extranjera”. Los trabajadores que cruzan la frontera son fácilmente

te desechables cuando ya no se les necesita, sin que haya que pagarles seguro social ni seguro de desempleo.

Del mismo modo, en EUA, los patrones sólo desean brazos que puedan levantar, cargar, cosechar, cocinar y limpiar. No buscan seres humanos con derechos.

Mientras laboran en Estados Unidos, muchos trabajadores indocumentados centroamericanos se ven forzados a dejar a sus familias en su país de origen. Debido a los bajos salarios que les pagan en EUA, así como a la dificultad de cruzar las fronteras sur y norte de México, para muchos es difícil, si no imposible, viajar con su familia o mandar a por ella. Cuando estuvimos en Tapachula en el verano del 2005, hablamos con muchos hombres y mujeres que habían dejado a sus hijos con parientes en Honduras y en el Salvador. Una de estas mujeres fue Claudia, madre soltera (todos los nombres de las personas entrevistadas son seudónimos). Claudia había dejado a sus tres hijos con parientes en Honduras para buscar trabajo en los EUA. Al hablar de sus razones para ir al norte, nos explicó:

Está muy difícil en Honduras. Yo trabajé en una maquiladora que era propiedad de unos asiáticos y que producía ropa, suéteres y otras cosas. Yo ganaba \$400 lémpiras (como 22 dólares de EUA) a la semana. La paga era baja y yo no ganaba lo suficiente para sobrevivir y criar a mis tres hijos. Y no sólo eso, ahora la maquiladora está cerrando, así que perdí mi trabajo.

Claudia estaba enojada con el gobierno hondureño, frustrada por la economía, y determinada a encontrar una vida mejor para sus hijos.

Claudia y los demás hombres y mujeres con quienes hablamos en la Casa del Migrante nos contaron de los peligros de cruzar México y la frontera de los EUA. Claudia nos explicó que la gente ha sido asaltada, violada y se ha lastimado al caerse de los trenes. No sólo eso, nos dijo que ella sabía de gente que había muerto cruzando México y que cruzar el desierto en la frontera entre México y EUA es particularmente peligroso. Sin embargo, Claudia, igual que Carlos y otros, sentía que ella tenía que arriesgarse a los peligros. Ella tiene que proveer para sus hijos. En sus propias palabras: "Una tiene que tener fe en Dios y seguir adelante".

Alma, otra mujer que conocimos en Tapachula, había dejado a sus tres hijos, de 7, 5 y 3 años de edad, con su mamá en El Salvador mientras ella se iba al norte en busca de trabajo. Había trabajado en una maquiladora en El Salvador, ganando unos \$34 dólares a la semana, pero la fábrica cerró apenas un mes después de que ella empezó a trabajar. Alma no sólo se quedó sin trabajo, si no que tenía que pagar todos los gastos de los papeles que

tuvo que reunir para que la contrataran. Como es madre soltera, dejó a sus tres hijos de corta edad con su mamá y empezó su viaje al norte. En noviembre del año pasado, cuando trataba de cruzar en tren la frontera sur de México, saltó del techo para evitar un punto de control de migración. Se cayó del tren y perdió ambas piernas. Después de siete meses en el albergue Jesús el Buen Pastor y de haber conseguido unas prótesis, Alma tiene planeado regresar a El Salvador en agosto y abrir una pequeña tienda.

La división de las familias provocada por la frontera es otra forma del desmembramiento ejercido por el neoliberalismo y las fronteras. La familia entera de los migrantes —incluyendo abuelos, abuelas, tíos, tías y demás— paga el precio del desmembramiento causado por la frontera. Leah Schmalzbauer (2004) describe a familias transnacionales hondureñas divididas entre dos países. Las madres trabajan largas jornadas por bajos salarios en EUA, mientras sus hijos se quedan en Honduras. “Otrasmadres”,³ entre las cuales se cuentan abuelas, tías, hermanas, vecinas, amigas, cuidan a los niños mientras sus madres biológicas trabajan en EUA para mantenerlos económicamente. Schmalzbauer señala que la frontera militarizada entre México y Estados Unidos y las políticas neoliberales separan a las familias. Aunque los padres y las madres envían dinero, llaman, mandan cartas y visitan a sus hijos, no pueden ocuparse directamente de ellos.

Pero sin la transnacionalización —plantea— a menudo las familias pobres no pueden asegurar su supervivencia. Por necesidad, millones de familias están viviendo en un limbo transnacional permanente. Representan una nueva forma de familia surgida de la desigualdad de la economía global y reproducida mediante la dependencia en la división transnacional del trabajo (2004: 1328-29).

Las familias se dividen con un alto costo emocional. Las ganancias de los patrones de Estados Unidos descansan sobre la espalda de las abuelas, tías, hermanas, esposas y otras mujeres que crían a los niños en las comunidades expulsoras. Refiriéndose a las trabajadoras domésticas mexicanas y centroamericanas que trabajan en Los Ángeles, la socióloga Hondagneu-Sotelo escribe: “Mujeres criadas en otra nación están usando sus propias capacidades adultas para cumplir con el trabajo reproductivo de mujeres estadounidenses más privilegiadas, subsidiando las carreras y las oportunidades sociales de sus empleadoras” (2001: 25). Sin embargo, a estas mujeres “se les niegan los recursos suficientes para vivir con sus propios hijos y criarlos” (Hondagneu-Sotelo 2001: 25).

³ En inglés las autoras usan el término “Othermothers” (N. de la T.).

Personas sin brazos

¿Qué le sucede a la persona cuyo cuerpo es desmembrado cuando cruza la frontera sur? ¿Qué le pasa a quien perdió un brazo? ¿A quienes perdieron una o ambas piernas en su intento de encontrar trabajo?

En el Albergue Jesús el Buen Pastor del Pobre y el Migrante, conocimos a hombres y mujeres, algunos de tan sólo 14 años, que habían sido lesionados al saltar del tren. Muchos de los residentes habían perdido un brazo o una o ambas piernas. El Albergue es una casa de tres recámaras manejado por Olga Sánchez Martínez, o simplemente Doña Olga, que es como cariñosamente la llaman. Había unos cuarenta residentes en el Albergue cuando lo visitamos. También conocimos, en el hospital, a varios hombres lesionados que estaban graves y que probablemente irían al Albergue si sobrevivían. Algunos de los residentes del albergue, que habían perdido ambas piernas, se movían en sillas de ruedas, mientras que otros estaban aprendiendo a caminar con prótesis. Varios de los residentes han estado en los EUA en donde trabajaron por años. Otros se accidentaron en su primer intento de viajar al norte.

Tras superar varias enfermedades graves durante su vida, Doña Olga comenzó a visitar a los enfermos en el hospital como un acto de caridad. Con el tiempo, empezó a conocer ahí a centroamericanos que habían sufrido lesiones al saltar del tren o al ser asaltados. Vio que los inmigrantes eran vulnerables; que estaban sin familia y no tenían amigos en México que les ayudaran. Ella empezó a ayudarles en el hospital, pidiendo dinero en las calles para comprar medicinas u otros materiales. Cuidó a algunos de los enfermos en su propia casa. Hace seis años fundó el albergue en una casa prestada y desde entonces ha recibido a cientos, si no es que a miles, de migrantes centroamericanos.

En el albergue, un hombre, Diego, escribió una carta, corta pero muy fuerte, sobre su vida y nos la dio cuando nos fuimos. "Para que no me olviden", dijo. En ella explicaba que había decidido irse de Honduras donde tenía cuatro hijos, pero no tenía trabajo, ni dinero, ni casa. Empezó su viaje al norte, hacia EUA, y llegó a Chiapas en tres días. En Chiapas se cayó del tren y perdió una pierna y un brazo, lo que describe como "el momento más triste de mi vida... y ahí terminó toda mi ilusión del sueño americano". La historia de Diego, como la de otros hombres y mujeres del albergue, habla de sueños cercenados por el tren. El "sueño americano" no es el de una vida fácil, sino simplemente el de tener una vida digna y la posibilidad de mantener a la familia. Aunque Diego vivía en la pobreza en Hondu-

ras, era capaz de trabajar. Ahora contrasta esto con su estado actual de “necesitado” que depende de otros para sobrevivir.

En los últimos años, la academia ha prestado mucha atención a la masculinidad en América Latina, en particular a identidades masculinas localizadas que son moldeadas por diferencias étnicas, de clase y regionales (véanse Balderston y Guy 1997; Carillo 2002; Gutmann 1996, 2003; Mirandé 1997). Además, el advenimiento del neoliberalismo ha traído consigo cambios y desafíos a las normas de género, ya que las mujeres con frecuencia trabajan fuera de la casa y los hombres encuentran cada vez más difícil o imposible preservar su rol idealizado pero tradicional de proveedores únicos de la familia (Safa 1995). Sin embargo, a pesar de las duras realidades económicas del neoliberalismo, como señala Matthew Gutmann, “mantener económicamente a su familia y, en general, trabajar son [todavía] sin duda, características definatorias centrales de la masculinidad para muchos hombres y mujeres en varias partes del continente americano” (2003: 13). Esta masculinidad hegemónica, junto con la desesperación económica, es la que lanza a oleadas de hombres centroamericanos hacia el norte en dirección a los Estados Unidos. El trabajo, como sugiere Norma Fuller en su estudio de la masculinidad en Perú, es crucial para la identidad de género masculina (2003: 138); a través del trabajo, los hombres se vuelven hombres: fuertes, capaces y seguros de sí mismos.

¿Qué pasa entonces con los hombres del Albergue el Buen Pastor? ¿Cómo han de reconceptualizar sus identidades masculinas para adaptarlas a su nueva realidad económica, física y emocional? A lo largo y ancho del continente americano, muchos hombres están viviendo la nueva fluidez de los roles y la identidad de género. En el caso de México, Matthew Gutmann sugiere que muchas de las actividades y creencias que antes se definían en términos de género, desde beber hasta el trabajo doméstico, están siendo desgenerizadas o disociadas de un género en particular (1996: 151). Para los transmigrantes lesionados de Tapachula, esta vivencia de roles e identidades de género cambiantes es extrema y complicada. Nos lleva a plantear preguntas para futuras investigaciones. Primero, ¿qué trabajo encontrarán estos hombres como braceros sin brazos y cómo van a redefinir sus relaciones marcadas por el género con el trabajo y con su propio ser? ¿De qué manera el trabajo que realizan hoy (desde bordar y coser cojines para venderlos y conseguir fondos para el albergue, hasta vender pan fuera del hospital, hacer y vender pastel de queso, y hacer algún trabajo de construcción en el nuevo albergue) moldea la identidad de género? ¿Y cuál será el trabajo

que en el futuro les permita tener un sentido de su ser masculino sin perpetuar muchas de las creencias patriarcales y constrictivas que por tanto tiempo han confinado a hombres y mujeres?

En segundo lugar, ¿qué pasa con el cuerpo masculino? ¿Cómo interpretan y cómo se relacionan con su cuerpo los hombres del Albergue el Buen Pastor? ¿Cómo afecta la pérdida de una extremidad la identidad masculina y el valor, más que económico, social masculino? Tenemos claro, por nuestra reciente visita al albergue, que las experiencias, deseos e identidades tienen múltiples facetas. Varios días llegamos al albergue llevando con nosotras al bebé de ocho meses de Christine. Los hombres estaban encantados con esa nueva vida en la casa y se turnaban para cargar al niño. Una tarde, Alfonso, quien perdió ambas piernas en el tren, abrazó al niño largo rato. Luego giró su silla de ruedas hacia un rincón, apoyó su cabeza en la mesa y lloró en silencio. No hacía ningún ruido; si no hubiera sido por sus hombros que temblaban y por sus ojos enrojecidos y húmedos, no habríamos sabido de su dolor. Más tarde, nos dijo que uno de sus miedos más intensos era que ahora, sin piernas, nunca encontraría amor ni tendría una familia.

Como los braceros antes que ellos, los transmigrantes centroamericanos son y siempre han sido más que brazos para levantar, cargar y cosechar. Aman y son amados. Son hijos, hermanos, maridos, padres y amigos, aunque estén separados de su familia. Algunos de los migrantes que han perdido una o ambas piernas han aprendido de nuevo a caminar. Un grupo de hombres lesionados trabajó para construir un nuevo albergue, cortaron madera, mezclaron cemento y llevaron a cabo otras tareas. Pero ¿qué lugar tendrán en la economía global? Estos migrantes lesionados sirven como recordatorio de los efectos deshumanizadores del capitalismo que trata a los trabajadores como plusvalor y no como seres humanos completos. Los hombres y mujeres que han sido desmembrados por el tren son sólo un ejemplo del desmembramiento que causa el neoliberalismo. ¿Qué sucede con quienes sí llegan a EUA sin lesiones, pero no encuentran trabajo o no ganan lo suficiente para poder mandar dinero a casa? ¿Qué pasa con los que se lesionan en el trabajo en EUA y a quienes se niega cualquier compensación? ¿Qué pasa con aquellos cercenados no por el tren sino por el racismo, la pobreza o el estatus de "ilegales" en EUA porque cruzaron la frontera en busca de empleo?

Fronteras de vida y muerte

La frontera, sin embargo, no es sólo un lugar de gran explotación y sufrimiento, es también un lugar de grandes posibilidades y esperanzas. Las muy conocidas frases de Gloria Anzaldúa describen esta posibilidad para la creación: “La frontera México-Estados Unidos es una *herida abierta*⁴ donde el tercer mundo raspa con el primero y sangra. Y antes de que la costra se forme, vuelve a sangrar; la sangre de vida de dos mundos converge para formar un tercer país: una cultura de frontera” (1987: 25). ¿Cuál es la nueva sangre de vida en la frontera sur de México? Están los esfuerzos colectivos del Albergue Jesús el Buen Pastor, así como La Casa del Migrante Albergue Belén en Tapachula, un albergue manejado por los padres scalabrini, que recibe migrantes centroamericanos que cruzan México.

En Jesús el Buen Pastor, Doña Olga reconoce la humanidad en los cuerpos rechazados y desmembrados de quienes han sido mutilados en el tren. El padre Florencio María Rigoni Rigoni de la Casa del Migrante señala que la iglesia católica ha empezado a reconocer a los migrantes como sujetos históricos más que como objetos de evangelización. Describe a los migrantes como “el mundo de Dios que camina, una cara de Dios” y plantea: “Si quiero conocer a este Dios que se mueve, entonces tengo que conocer la cara de Dios en el migrante” (citado en Jeffrey 2002). El Albergue Jesús el Buen Pastor y la Casa del Migrante son dos esfuerzos organizados para dar asistencia a los migrantes en la frontera sur. Además, hay mucha gente que recibe a los migrantes, les da comida, techo, agua, y les ayuda a encontrar asistencia médica cuando la necesitan. Hay también solidaridad entre los migrantes mismos que, incluso cuando son de países distintos, se apoyan unos a otros, para cruzar la frontera, para encontrar trabajo, para encontrar techo y comida. Hay migrantes que se arriesgan a ser deportados, pero llevan a los migrantes lesionados al hospital.

Los propios migrantes responden a la “historia oficial” que los etiqueta como extraños (*outsiders*) y criminales, con una contrahistoria. Los migrantes responden al desmembramiento con un re-memorar /rememorar que afirma su propia humanidad. Mary Louise Pratt observa que incluso con el ataque del liberalismo contra el cuerpo, “también estamos rodeados de narrativas y procesos de reensamblaje, de integración, recuperación, afirma-

⁴ En español, en el texto de Anzaldúa (N. de la T.).

ción de pertenencias radicadas en ciertos lugares y en el cosmos” (2004: 409). La migración misma puede verse como una forma de resistencia, una búsqueda de una manera de ganarse la vida, aunque ésta sea funcional al capitalismo mundial. En Tapachula conocimos a Carlos, un hondureño que apenas había empezado su viaje hacia los EUA. Su esperanza es trabajar allí un año más o menos y luego regresar a Honduras, con suficiente dinero para empezar un pequeño negocio, tal vez una tienda en su barrio. Nos explicó que alguna gente piensa que “los migrantes somos criminales”, que andan buscando robar, crear problemas, violar la ley. “Pero ese no es el caso. Nosotros estamos luchando por una causa justa: para encontrar trabajo”.⁵ Carlos y otros migrantes hablaron de su búsqueda de trabajo con salarios justos que les permitan sobrevivir y dar una vida digna a sus familias●

Traducción: **Lucía Melgar**

Bibliografía

- Anzaldúa, Gloria, 1999, *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, Aunt Lute Books, San Francisco.
- Balderston, Daniel y Donna Guy (comps.), 1997, *Sex and Sexuality in Latin America*, New York University Press, Nueva York.
- Benjamin, Thomas, 1989, *A Rich Land, a Poor People: Politics and Society in Modern Chiapas*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Bornstein, Avram S., 2002, “Borders and the Utility of Violence: State Effects on the ‘Superexploitation’ of West Bank Palestinians”, *Critique of Anthropology*, vol. 22, núm. 2, pp. 201-220.
- Calavita, Kitty, 1992, *Inside the State: The Bracero Program, Immigration, and the INS*, Routledge, Nueva York.
- Carillo, H., 2002, *The Night is Young: Sexuality in Mexico in the Time of AIDS*, University of Chicago Press, Chicago.
- Castañeda, Antonia, 2003, “Introduction: Gender on the Borderlands”, *Frontiers: A Journal of Women Studies*, vol. 24, núm. 2-3, pp. xi-xix.
- Fuller, Norma, 2003, “The Social Constitution of Gender Identity among Peruvian Males”, en M. Gutmann (comp.), *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Duke University Press, Durham, pp. 134-152.

⁵ En español en el original.

- Gutmann, Matthew, 1996, *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley.
- Gutmann, Matthew (comp.), 2003, *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Duke University Press, Durham.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette, 2001, *Doméstica: Immigrant Workers Cleaning and Caring in the Shadows of Affluence*, University of California Press, Berkeley.
- Ibarra, María de la Luz, 2003, "Buscando la vida: Mexican Immigrant Women's Memories of Home, Yearning, and Border Crossings", *Frontiers: A Journal of Women Studies*, vol. 24, núm. 2-3, pp. 261-281.
- Jeffrey, Paul, 2002, "Migrants, the Word of God that Walks", *National Catholic Reporter*, abril 5.
- Kim, Jim Yong, Joyce V. Millen, Alec Irwin y John Gershman, 2000, *Dying for Growth: Global Inequality and the Health of the Poor*, Common Courage Press, Monroe, ME.
- Mirandé, Alfredo, 1997, *Hombres y Machos: Masculinity and Latino Culture*, Westview Press, Boulder.
- Pratt, Mary Louise, 2004, "Globalización, desmodernización y el retorno de los monstruos", en Ramón Pajuelo y Pablo Sandoval (comps.), *Globalización y diversidad cultural: una mirada desde América Latina*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Safa, Helen, 1995, *The Myth of the Male Breadwinner: Women and Industrialization in the Caribbean*, Westview Press, Boulder.
- Sandoval Palacios, Juan Manuel, 2005, "Migración y seguridad nacional en las fronteras sur y norte de México", en Daniel Villafuerte y Xóchitl Leyva (coords.), *Geoeconomía y geopolítica en el area del Plan Puebla Panamá*, CIESAS/ECOSUR/UNACH/Gobierno del estado de Chiapas/Fundación Ford/ CREEDLA-IHEAL, San Cristóbal de las Casas.
- Sassen, Saskia, 1991, *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton.
- Schmalzbauer, Leah, 2004, "Searching for Wages and Mothering from Afar: The Case of Honduran Transnational Families", *Journal of Marriage and Family*, núm. 66, pp.1317-1331.
- Wasserstrom, Robert, 1976, "La distribución del ingreso y la estructura del empleo en Chamula", mimeo, INAREMAC, San Cristóbal de Las Casas.